

Lectura de los lunes

Aparece hoy la sección a nuestro cargo "LECTURA DE LOS LUNES", obedeciendo ello a que el día 25, LA NACION" dio a todos sus empleados un justo y merecido descanso.

Nuestros lectores disfrutarán un rato de esta amable crónica que encontramos en "La República" del 30 de agosto de 1895, por ser en ella protagonista principal el gran autor de "Concheries", en vísperas de su enlace matrimonial.

AGAPE:

EL MARTES pasado por la noche, nuestro distinguido amigo don Aquileo J. Echeverría el desertor de las filas solteriles, reunió en el Imperial Hotel a varios de sus amigos con el objeto de celebrar un ágape de despedida, porque, como ustedes saben, este amable bohemio emprende mañana un largo viaje al escabroso país del matrimonio. La fiesta tuvo todas las condiciones de una fiesta de artistas y aunque se trataba de despedir a un amigo —tan querido, por otra parte—, lo cual constituía motivo bastante para estar tristes, el caso es que la alegría reinó como graciosa soberana sobre todos los ánimos. Aquello fue algo así como la cena fúnebre de los girondinos, a diferencia de que en vez de muchos sólo habría de morir uno y de que la víctima propiciatoria iba a tener, además, una muerte dulce, después de la cual despertaría, como los ángeles, en el cielo de la felicidad.

La comida fue espléndida, como obra al fin de Benedictis, —este mago de la cocina capaz de darle a un gato el delicado sabor de la liebre, sin que esto quiera decir que él sea de los que dan gato por liebre—. La comida, decíamos, fue espléndida, en lo cual difirió un poco, para dicha de los comensales, de los primitivos ágapes cristianos. Estuvieron a la mesa, además del anfitrión (la advertencia es digna de Pero Grullo), Leonidas Pacheco, Ricardo Fernández Guardia, Marcelino Pacheco, Máximo Soto Hall, el simpático poeta guatemalteco; Piquín Martín, Alejandro Alvarado h., Cano Aguilar y Justo A. Facio. Echáronse de menos nuestro genial Pío Viquez y el director de este diario: éste se excusó como es costumbre y Viquez también, como es costumbre... de él, no se excusó. Ambos nos defraudaron malamente sin su grata compañía. Por lo menos, cada uno procuró ahogar en exquisito vino la pena que nos inspiraba el ver a nuestro querido amigo tan cercano a su fin... social. Verdad es también que a ello contribuyó de manera poderosa la cristiana alegría de nuestro buen compañero, el cual, como pudimos ver, se resignaba a ser feliz sin mucho esfuerzo de su parte. El tema obligado, y el más simpático desde luego, fue la encantadora niña que con mano nunca bastante alabada por generosa va a abrirle a Aquileo las puertas de la dicha. María Dolores es una señorita llena de gracias y virtudes, cuyo soberano quedó superabundantemente demostrado desde que supo reducir a dominio suyo esa alma inconstante y esa imaginación volandera que andaba por el mundo de la belleza haciendo el dulce oficio de picador. Ya pueden ustedes pensar cuántas veces no apuraríamos las copas por la felicidad de esa niña adorable y cuántas cosas bellas no inspiraría a los artistas en aquella fiesta reunidos quien ha sabido hacer brotar el amor en un alma de poeta. María Dolores pasó esa noche a nuestros ojos, como una reina joven coronada por una corona de pensamientos que brillaban a manera de estrellas.

Acabó la comida —porque todo acaba en este mundo y lo bueno más prontamente—, a eso de las diez de la noche. Incontinenti —estilo parlamentario—, nos trasladamos al Club Internacional y allí la fiesta tomó aspecto un poco más libre y variado. Tuvimos la fortuna de ensanchar nuestro aristocrático círculo —no es modestia— con Enrique Montealegre, Manuel González y otros muchachos no menos simpáticos de la high life josefina. Cano Aguilar cantó con su deliciosa voz de tenor, que acariciaba dulcemente nuestros oídos, algunas arias del repertorio clásico; Máximo Soto recitó, con elegancia y soltura, una linda serenata de las que él lleva en su fina escarcela de trovador; Leonidas Pacheco dijo con distinción académica una poesía viril e intencionada del primero de nuestros poetas, —Viquez—, este criminal desertor del Parnaso; Manuel González declamó con intachable propiedad artística el monólogo inicial de El Gran Galeoto... Todos aplaudimos con entusiasmo, apuramos repetidas copas del licor áureo, charlamos, reímos... Y a las doce nos separamos del amigo querido y obsequioso que ha sabido borrar la mala impresión producida con su alejamiento del gremio solteril y maleante con una fiesta íntima y encantadora, ante cuyo recuerdo nos detendremos más tarde, en las horas de hastío, para buscar en él el olvido siquiera momentáneo de nuestras penas.